

TOURÉ

Mañas de Lagarto

JON ARRETXE



TOURÉ

Mañas de Lagarto

50

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: Abril de 2024

Título original: *Musker amarruak*
Diseño de la colección y portada: Cristina Fernández
Maquetación: Editorial Erein
© de la traducción: Cristina Fernández
© del texto: Jon Arretxe
© de la presente edición: EREIN. Donostia 2024
ISBN: 978-84-9109-950-5
D.L.: D 309-2024
EREIN Argitaletxea
Tolosa Etorbidea 107. 20018 Donostia
T 943 218 300
e-mail: erein@erein.eus
www.erein.eus    
Imprime: Itxaropena, S. A.
Araba kalea, 45. 20800 Zarautz
T 943 835 008
e-mail: itxaropena@itxaropena.net
www.itxaropena.net



El papel utilizado para la impresión de este libro
está calificado como papel ecológico y procede de
bosques gestionados de manera sostenible.

TOURÉ

Mañas de Lagarto

JON ARRETXE

Traducción de Cristina Fernández

erein

Al mejor, el gran Alexis Ravelo

1
AYOZE



El estruendoso inicio de un lejano concierto verbenero rompe la calma de la noche, y las cigarras parecen dudar si persistir o no en su particular sonata. Yo también me quedo indeciso entre las sombras de la calle Don Quijote, a pocos metros de una escuela infantil sin ninguna actividad a estas horas. Al otro lado está la base militar, detrás de un alto muro. No veo ningún puesto de control ni centinelas vigilando... Ahora o nunca. Trepo por la verja del huerto y salto para ir directo a las tomateras. Hoy mismo les he echado el ojo, durante el paseo mañanero de reconocimiento, cuando he sentido la llamada de las ramas dobladas por el peso de los frutos, rojos y carnosos. Agarro el más gordo y le pego un mordisco. ¡Qué bueno! Lo devoro en un par de bocados antes de sacar del bolsillo una bolsa que despliego para empezar a recolectar parte de la cosecha. Pero apenas arranco el primer tomate, oigo un ruido sospechoso. Algo se mueve

por detrás de los palos de las vainas. Contengo la respiración, paralizado, y... De repente, sale un tipo de entre las matas. ¡Hostia, ya me han pillado!

—¡Perdona! —me apresuro a disculparme—. Tengo hambre y solo pensaba coger unos pocos tomates.

El tío no es muy alto, pero está macizo y tiene un cuello como de toro. La luz de las farolas se refleja en el sudor de su cabezota rapada. Retrocedo un paso poniéndome en guardia, aunque no parece enfadado. Al contrario, diría que tiene la misma cara de sorpresa que yo.

—¡Chacho, qué susto me diste! —suelta finalmente en un susurro, mientras con una mano desliza el sudor de la cabeza hacia el codo y, luego, intenta secársela en sus bermudas, también empapadas. Al ver sus fuertes muslos pienso en los troncos de baobab de mi tierra—. Estate tranquilo, yo no soy el dueño de este terreno. Este huerto urbano pertenece a todos los vecinos de La Isleta.

—Siento tener que robaros, pero...

—No te agobies —gesticula para que baje la voz—. Yo tampoco soy de este barrio, estoy haciendo lo mismo que tú.

Levanta la bolsa que lleva, llena de vainas, y después me tiende la mano libre. ¡Menuda zarpa!

—Me llamo Ayoze, pero la gente me dice «El Lagarto»; mi apodo completo es «El Lagarto de Escaleritas».

—Yo soy Mamamoud Touré, y todos me llaman Touré.

—¿Senegalés?

—De Burkina Faso.

—Encantado —mira alrededor con desconfianza—. Igual es mejor que salgamos de aquí cuanto antes, ¿no crees?

Ayoze trepa por la valla como un auténtico lagarto, y salta. Yo cojo apresuradamente algún que otro tomate y le sigo, aunque bastante más torpe. Echamos a andar calle abajo, mucho más tranquilos ya, cada cual con su botín.

—¿No les dan de comer a ustedes en el centro de acogida? —me pregunta.

—En el centro de acogida se puede comer y dormir, pero ya no estoy allí. Conseguí colarme unos cuantos días, camuflado entre un grupo de africanos, pero me echaron a la calle en cuanto descubrieron que no soy un inmigrante recién llegado.

—Entonces no acabas de llegar en patera.

—Vine en patera, pero ya hace mucho, más de diez años. La mayor parte del tiempo la he pasado en Bilbao.

—¿Y qué carajo haces en Las Palmas?

A ver qué le cuento ahora... ¿Le digo la verdad, que desde que llegué a Europa solo he sido una marioneta del destino y que la mala suerte o la necesidad de huir me han llevado de un sitio a otro hasta acabar aquí? ¿Le explico que mis colegas de Bilbao han acabado en chirona o fugándose al extranjero y que yo mismo tuve que salir por patas y esconderme en un barco que me trajo casualmente a esta isla?

—El destino —me limito a la respuesta más sencilla mientras me encojo de hombros.

—Bueno, al menos no acabaste en el peor sitio. Hace mucho que los canarios nos acostumbramos a la inmigración, aquí no es como en la Península, no está tan mal vista.

—Eso es verdad.

—¿Qué tal te trataron en Bilbao?

—Pues ha habido de todo. En general no puedo quejarme de la gente, pero la policía... Eso ya es otro cantar.

—Chacho, tú y yo tenemos muchas cosas en común.

La parte baja de La Isleta, en especial la plaza Manuel Becerra, está muy concurrida con conciertos y celebraciones a cuenta de las fiestas del barrio. Sin embargo, estas calles de la parte alta están desiertas, y de aquí hacia arriba se impone un terreno montañoso seco y rojizo, ya dentro de los límites de la base militar, zona prohibida para los ciudadanos corrientes.

Seguimos caminando hasta un parque solitario situado sobre unos acantilados. Media docena de palmeras, unos cuantos arbustos sobresaliendo de la oscura tierra volcánica, unos largos asientos de piedra... «Parque Pepe el Limpiabotas» dice un cartel.

—¿Para dónde vas? —me pregunta Ayoze. No sé qué responder y él no tarda en interpretar mi silencio—. No tienes un sitio fijo para dormir, ¿verdad?

—*Pse*, voy improvisando, según se tercié cada noche.

—Yo tampoco estoy pasando mi mejor momento. Desde que me quitaron el apartamento de Escaleritas, paso las noches en uno de esos búnkeres. —Señala con la mirada

hacia la península de La Isleta—. Conoces la playa del Confital, ¿verdad?

—Claro, de vez en cuando voy por allí a darme un chapuzón.

En realidad, para mí el Confital es mucho más que una zona de baño. Cuando se me acabó el chollo del centro de acogida, fue el mejor lugar que pude encontrar para pasar las noches, mucho más discreto que Las Canteras, la gran playa de Las Palmas. Y más cómodo que cualquier plazoleta o parque de La Isleta. ¡Menuda diferencia, descansar echado en la arena o sobre la dura tabla de un banco, si no directamente en la acera! Por suerte, aquí el clima acompaña para acomodarse en cualquier hotel de mil estrellas, una gran diferencia con Bilbao.

—Dejando atrás el Confital hay unos cuantos búnkeres, casi todos ocupados —me aclara Ayoze—. Tengo un colega que vive desde hace tiempo en uno de ellos; cuando me quedé en la calle se compadeció de mí y ahora estoy con él. Si quieres, le pregunto a ver si podemos hacer un hueco para ese corpachón tuyo.

—No te preocupes, prefiero andar a mi aire.

Pongo la bolsa de tomates sobre el asiento y el Lagarto se me queda mirando, escaneándome de arriba abajo en silencio, como si estuviera maquinando algo.

—Yo diría que 1'90 —me suelta, así, sin ton ni son.

—Algo más, si me estiro del todo.

—Y más de cien kilos.

—Bastantes más. ¿Por qué?

—¿Estás en forma?

—Para echar carreras, al menos, no.

Ayoze vuelve a pasar la palma de la mano por su cabeza, perlada de sudor.

—Me imagino que no tienes curro.

—¿Curro?, ¿qué es eso?

—¿Por dónde vas a andar mañana?

—Ni idea, pero seguro que no muy lejos.

—Voy a hacer unas gestiones a primera hora y tal vez...

¿Quieres que nos comamos estas habichuelas juntos? —señala la bolsa con la cabeza.

—No tengo otra propuesta mejor, así que...

—¿Quedamos a las dos en el búnker?

—Vale, ¿cómo lo encuentro?

—No hay pérdida. Tú cruza la playa del Confital, sigue hacia adelante por la costa, y enseguida verás los primeros búnkeres. El nuestro está en una pequeña península. Ni se te ocurra acercarte a otro que a la entrada tiene una rampita hacia abajo ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El Lagarto de Escaleritas me tiende la mano después de pasarla por las bermudas en un nuevo intento fallido por secarse el sudor.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Me quedo en uno de los asientos de piedra frente a la bahía de Las Palmas. Miro hacia el luminoso paseo de Las

Canteras, siento la brisa que acaricia las hojas de las palmeras, escucho el romper de las olas, ahí abajo... y pienso que el Lagarto de Escaleritas tiene algo de entrañable que contrasta de lleno con su impresionante físico. Transmite una gran ternura, pero también me pregunto qué demonios estará tramando.

No me da tiempo a especular. De repente, un extraño personaje surge de entre las sombras. Va con antifaz y capa de color negro. ¿¿Batman?!! Lleva una pequeña rotaflex, la pone en marcha según se acerca a un edificio de oficinas municipales, corta una señal de tráfico que dice «*Reservado a oficina de la vivienda*» y pega un cartel en la pared: «*¡Ayuntamiento corrupto y vendido! Vecinos, os devuelvo este aparcamiento. Batman de La Isleta*». Sin perder un segundo, saca un bote de espray y, en un gesto rápido, deja su firma: la silueta de un murciélago. Antes de irse, agarra la señal de tráfico, la tira por el acantilado y se vuelve hacia mí para despedirse levantando el pulgar de su mano derecha. El tipo desaparece dejándome con la boca abierta, todo en un abrir y cerrar de ojos.

* * *

Estoy a la entrada de un supermercado; un poco alejado de la puerta, a unos tres o cuatro metros, para que el otro africano que se ha plantado ahí con la esperanza de que algún cliente responda a su saludo con una moneda o algún

obsequio no piense que le quiero hacer la competencia. Desde aquí veo perfectamente la línea de cajas y pronto localizo mi objetivo: una señora mayor de pelo corto y oscuro. Acaba de dejar el carro vacío, y viene hacia la calle, bien cargada de bolsas. Apenas pone un pie en la acera, me dejo ver frente a ella desplegando mi mejor sonrisa.

—¿Necesita ayuda, Rosa?

—Hola, mi niño. Pues, sí, tus brazos me vendrán muy bien hoy.

Acepto agradecido el euro usado para liberar el carro, agarro las bolsas y echamos a andar sin decir nada; conozco de sobra el camino hacia su casa. Cogemos la calle La Naval y, cuando llegamos a la altura del restaurante coreano Danbam, veo ahí a su dueño, como siempre, con la espalda apoyada en la pared de la entrada, repleta de pegatinas contra las meadas de los perros, fumando un cigarrillo tras otro mientras mira a la gente pasar. El tipo ya tendrá sus años, pero aún conserva una buena mata de pelo negro, flequillo incluido. Entre su careto de lechuza y la descuidada fachada del local, lo único que falta es un cartel que diga «Ya os podéis largar por donde habéis venido». Y lo peor no es el descaro con que observa a la gente, casi sin pestañear, lo peor son los chistes que suelta sin venir a cuento, que solo le hacen gracia a él.

—¿Esclavo caro, Rosa? —pregunta en un torpe español, el muy gilipollas.

—Touré no es mi esclavo, Jun, sino un hombre muy amable que me ayuda con la compra —responde la abuela,

con tono bonachón mientras que a mí me entran ganas de soltarle un puñetazo al tocapelotas.

La fachada del restaurante es de color caca, como la puerta, como la persiana a medio subir y los barrotes que protegen las pequeñas ventanas. El interior queda oculto tras los cristales, llenos de carteles descoloridos donde se exponen los platos del menú. A pesar de todo, al Danbam no le falta clientela, parece ser que le han puesto unas cuantas estrellas en Internet por ofrecer una cocina auténticamente coreana, y suelen venir muchos guiris. Supongo que el cabrón de Jun será con ellos mucho más amable que conmigo.

Sin dejar La Naval, vamos llegando a la cafetería que toma el mismo nombre de la calle, como indica el enorme rótulo que corona su entrada. Es un local clásico, de toda la vida, no tiene *glamour*, pero sí camareros simpáticos, churros muy ricos y precios populares, así que siempre está lleno. Empiezo a sentir en el estómago un cosquilleo que se intensifica conforme nos acercamos. A ver si hoy tenemos suerte... Lástima, Rosa no hace ni amago de detenerse, parece que no, hoy no va a invitarme a almorzar. El camarero más veterano, José, un tío muy alegre y más flaco incluso que Rosa, me guiña un ojo después de saludar cariñosamente a la señora. Ahí queda todo.

Caminando entre apartamentos turísticos en construcción, bajo las guirnaldas de banderitas festivas colgadas de un lado al otro de la calle, llegamos a una gran plaza, Manuel Becerra, donde se encuentra una las principales paradas de

guaguas de Las Palmas. Está al aire libre, y no son pocas las veces que he venido a dormir en uno de los bancos que hay por aquí. Aunque ahora, de momento, he borrado este lugar de mi lista de opciones para pasar la noche. La Isleta está todo el mes de fiestas, y han montado un escenario bien grande precisamente aquí. No creo que pudiera descansar mucho en pleno epicentro de la juerga.

En el último tramo hasta la casa de Rosa, nos cruzamos con varios grupos de africanos que se dirigen desde el centro de acogida de inmigrantes hacia Las Canteras. Rosa vive en uno de los viejos edificios que hay al fondo de la plaza. Esto me recuerda al barrio de San Francisco, en Bilbao, el que fue mi hogar durante varios años. Los restos de carteles y el decorado que aún se pueden distinguir en las fachadas semiderruidas o tapiadas muestran que no hace mucho hubo aquí una zona de antros y puticlubs similar a la que había en la Palanca bilbaína. Seguro que la proximidad del enorme puerto marítimo influyó en la multiplicación de ese tipo de locales. Pero ya no es lo que era, aquí ya solo se ven las últimas huellas de ese mundo, nadie se preocupa de mantener lo que queda, parece que quieren demoler todo esto para construir un nuevo barrio.

Y me temo que a la Palanca de *Sanfran* le espera el mismo destino. Al menos tenía toda la pinta justo antes de que me largara de allí. Tal vez, cuando vuelva, ya no encuentre el barrio que dejé. Pero... ¿acaso regresaré? Osmán,

Xihab, Cristina... ¿Volveremos a vernos algún día? Será difícil después de todas las fechorías que hicimos juntos. Aunque de momento no haya nada probado, los crímenes están ahí. Y encima no siento ningún remordimiento. Lo único que me duele de verdad es Cristina, su ausencia, saberla sola en la cárcel, no poder visitarla, no saber cómo se encuentra ni cuánto se alargará su encierro. Los demás salvamos el culo gracias a su silencio, huimos de Bilbao mientras ella se comía el marrón. Ahora a ver qué delitos le imputan en el juicio. Si todo queda en tráfico de drogas, ni tan mal; puede que la condena no se alargue demasiado. Pero si descubren lo de los asesinatos... Uf, no quiero ni pensarlo.

Subo las bolsas de la compra hasta el tercer piso sin ascensor, y Rosa me paga con una moneda de cincuenta céntimos y la manzana más bonita de la bolsa.

—Muchas gracias.

—Muchas gracias a ti, Touré, no sé yo qué haría sin tu ayuda.

—Tranquila, mujer. Aquí estoy, para lo que haga falta.

Bajo a la calle pensando en volver al supermercado por si consigo algún cliente más. Al fin y al cabo, ahora esta es mi principal fuente de ingresos: acarrear bolsas de la compra, hacer recados o trabajillos sueltos como ayudar a recoger terrazas y pasar la fregona en algún bar... Gracias a Rosa he ganado un euro y medio y una pieza de fruta en media hora escasa, y si llego a tener un poco más de suerte, también

habría almorzado gratis. Si lo comparo con el último curro que tuve en Bilbao, no me puedo quejar. Entonces tenía que hacer de segurata a la entrada de un puticlub, me pagaban tres o cuatros euros la hora, y el único regalo que podía recibir era un navajazo si no unas buenas hostias. Al final no voy a estar tan mal en esta isla.

De nuevo frente a la puerta de La Naval, me encuentro otra vez con José, el camarero. Está limpiando una mesa que se acaba de librar en la pequeña terraza montada en la acera, tan feliciano como siempre, cantando mientras trabaja. Hoy parece que toca flamenco, otras veces son arias o coros de óperas famosas. Levanta la mirada y cuando me ve, sin dejar de cantar, me alarga un platillo con un churro y medio que han dejado los últimos clientes. Acepto agradecido.

* * *

«Los primeros aborígenes de Gran Canaria se asentaron en esta península montañosa que llamamos La Isleta. Las cuevas de habitación excavadas en la toba volcánica eran una atalaya privilegiada desde la cual podían vigilar toda la bahía del Confital, Las Canteras y gran parte de la costa norte de la isla. En esta zona, también se han localizado una cantera prehistórica y varios talleres líticos donde los antiguos pobladores tallaban las piedras...».

Menuda chapa está soltando el monitor de las colonias de verano... Los preadolescentes se arremolinan en torno al

joven guía, aunque algunos parecen más interesados en el cachondeo que se traen entre ellos que en la prehistoria de la isla. Está claro que estos chavales preferirían estar chapoteando entre las olas y no ahí, perdiendo el tiempo con esos pedruscos, fósiles, lapas o quién sabe qué.

Sigo caminando mientras dejo la playa atrás. Por aquí suele haber siempre alguien paseando o haciendo deporte, y de vez en cuando recibo alguna mirada fugaz a la que respondo con un tímido saludo. Hasta que veo una pequeña fortificación levantada con pedruscos grisáceos. Para llegar a ella, salgo del sendero que linda con la base militar, y doy unos pasos en dirección al mar. Encuentro otras construcciones similares más adelante. Supongo que estos serán los búnkeres a los que se refería Ayoze. Aunque los que yo he visto por la costa vizcaína son diferentes, de hormigón y con aberturas desde las que disparar ametralladoras o cañones, no como estos, donde el único orificio que existe es el de la entrada.

El primero tiene una pequeña puerta de madera, bien cerrada con candado y cadena. Hay una vieja silla de playa a la entrada, pero de momento no veo ningún okupa por aquí.

Sigo hacia el siguiente, con cuidado de no pisar los cangrejos que salen de todas partes. ¿Tendrán buen sabor? Todavía no los he probado, pero podría introducirlos en mi dieta. Cuando estuve escondido en el Pirineo navarro, los cangrejos de río, junto a los caracoles y las setas, me solucionaron

el menú de muchos días. No creo que por aquí abunden las setas, y tampoco los caracoles gordos como los que comía entonces, pero los cangrejos...

Este segundo fortín es bastante más grande que el anterior. Para acceder hay que bajar una pequeña rampa, la entrada está un poco por debajo del nivel del suelo, y hay un palé haciendo de puerta. Dos carteles en la pared despejan cualquier duda acerca de la hospitalidad del inquilino: «*Tino el Peligroso*» «*No pasar, peligro de muerte*».

Y de repente, ¡hostia!, sale un bicharraco enorme por detrás de las tablas, un lagarto gris gigante que viene hacia mí a toda leche, abriendo la boca amenazadoramente. Hasta que frena en seco, a falta de un centímetro para alcanzarme. El animal mide por lo menos un metro de largo y, afortunadamente, está atado, veo una cuerda anudada a una de sus patas ¡Joder qué susto! Ahora permanece inmóvil, mirándome mientras yo me quedo hipnotizado con los rápidos movimientos de su lengua entrando y saliendo por su boca. En algún panel informativo de la playa del Confital pone que en la península de La Isleta habita la segunda especie de lagarto más grande del mundo. Hasta ahora no me había topado con ninguno, pero seguro que este es uno de esos, y al parecer tiene muy mal humor. Será mejor que salga de aquí cuanto antes, por si las moscas.

Continúo hacia el siguiente búnker, situado en una pequeña península a la que llego después de trepar unos metros de roca. Creo que este es el lugar donde para el Lagarto

de Escaleritas. Junto a la entrada, veo dos sillas de playa con sus correspondientes sombrillas. Además, hay una placa solar en el tejado, y una caja de plástico llena de cascos de cerveza en el suelo. Aquí no hay palé ni puerta de madera, solo una cortina. Tampoco hay letreros disuasorios, únicamente unas letras blancas pintadas directamente en las piedras de la pared: «*Gaspar el Gallego*».

—¡Ayoze! —llamo.

Nadie responde. Doy una vuelta a la construcción, y en la parte de atrás encuentro un pequeño gallinero con un par de gallinas. Unos metros más allá, un trozo de tierra delimitado con piedras que parece una pequeña tumba, sobre la que hay un ramillete de flores de plástico.

Vuelvo a la entrada. Me atrevo a descorrer la cortina.

—¿Ayoze? ¿Lagarto?

Nada, no hay nadie. Pero encuentro una cazuela llena de vainas cociéndose a fuego lento. Pronto oigo unas voces que se aproximan y me asomo al exterior. Es Ayoze, y viene acompañado de un hombre flaco y fibroso que lleva una visera azul y calza chancas rojas. El tipo trae un balde lleno de cangrejos.

—¡Chacho, Touré! ¡Cómo me alegra tu visita! —El Lagarto de Escaleritas me ofrece su zarpa—. Mira, este es buena gente, se llama Gaspar, Gaspar el «Gallego» —señala a su colega—. Si no llega a ser por él, todavía estaría en la calle, pasando las noches al raso y sobreviviendo a base de bocatas de *chopped* y cerveza barata.

—Bienvenido a mi humilde morada —dice el tipo, dándome un fuerte apretón de manos. Tiene la piel curtida y mil arrugas alrededor de sus ojos claros. Resulta difícil calcular su edad, pero en la expresión de su cara intuyo un carácter vigoroso forjado a través de los años.

Entramos al búnker y el Gallego empieza a echar cangrejos a la cazuela hasta que el agua rebosa.

—Saca tres cervezas, Lagarto —pide a su compañero, mientras vuelve a salir llevándose los cangrejos sobrantes. Desde la puerta puedo ver como los echa al mar.

Ayoze aparece con un botellín de Tropical para cada uno, y me hace un gesto señalando las sillas de playa.

—Tengo una sorpresa para ti, Touré —me dice, una vez que me he acomodado, y entra de nuevo al búnker.

Siento el botellín helado entre mis manos, por lo visto la placa solar les permite tener frigorífico además de cocina. La birra fría entra de fábula, este Gallego se lo ha montado de puta madre.

—¿Qué te parece, querido? —La voz de Ayoze me hace girar la cabeza, y doy tal respingo que casi se me sale por las narices el trago de cerveza que acabo de tomar.

—¡¿Qué coño es eso?!

«*La luchada del siglo*» dicen las letras grandes del cartel que Ayoze sujeta orgulloso mientras deja escapar una sonrisa pícaro. «*El Lagarto de Escaleritas vs El León de Dakar*», pone un poco más abajo. Y, en el medio, un dibujo a rotulador que podría haber hecho un crío de seis años, y que

parece querer ser una cabeza de lagarto enfrentada a otra de león.

—No es definitivo, todavía podemos hacer algún cambio, pero dime, ¿qué opinas?

—Yo creo que tiene gancho —interviene Gaspar el Gallego—. Así está perfecto, atraerá mucho público.

Me he quedado sin habla. Pego un buen trago de cerveza mientras intento imaginar lo que están maquinando estos dos.

—No sé... —respondo, con tono inseguro—. ¿Cuál es el plan? ¿Liarnos a tortazos delante de la gente?

—Algo así —responde el Lagarto.

—Joder, ¿eres luchador profesional?

—Más o menos. Llevo fleje de años practicando la lucha canaria. En su día fui uno de los mejores puntales de todo el archipiélago, ¿sabes? Pero ahora... Ya no soy tan joven, y estoy pasando una mala racha.

—Pues que sepas que yo no he peleado en mi vida. Bueno, algunas hostias sí he repartido de vez en cuando, y también las he recibido, pero nunca me lo he tomado como un deporte.

—No te preocupes por eso. Con ese cuerpo que tienes vas a lucir tremendo en mitad del terrero.

—¿Y qué es el «terrero»?

—Un círculo grande de tierra, donde se hace la lucha.

Niego con la cabeza. Menuda ocurrencia absurda ha tenido este hombre.

—Además, yo no tengo nada que ver con Dakar. Soy de un pueblo que se llama Gorom-Gorom, en Burkina Faso.

—¿Y quién lo sabe? Eso da igual, nadie se va a enterar, tú di que eres de Dakar y punto. La cuestión es que en Senegal se practica una lucha muy parecida a la nuestra. Yo fui allí a bregar en mis tiempos de gloria y también luché contra senegaleses en las islas. A la gente de acá le gusta mucho este tipo de competiciones combinadas.

Me imagino el teatrillo y... no. Me parece absurdo, imposible.

—Es un buen bisnes, créeme. Podemos ganar montón de pasta.

Acabo de oír la palabra mágica.

—¿Pasta? ¿De cuánto estaríamos hablando?

—Más de lo que te imaginas. Si nos sale bien, esto puede ser una mina.

De repente ya no me parece una idea tan descabellada. El lema de «todo por la pasta» que ha regido mi vida durante los últimos años retumba en mi cabeza y el cerebro empieza a carburar. Total... ¿Acaso no tengo una lista de oficios de lo más variopinta? He sido timador haciéndome pasar por vidente, he trabajado de gigoló, he sido cabezudo, toro de fuego, figurante de ópera, pastor, sicario, matón a sueldo, ladrón de joyas, segurata de puticlub, comisionista de inmobiliaria... Con un historial así, tampoco va a quedar fuera de lugar lo de luchador.

—Si aceptara, solo por probar, ¿cuándo lo haríamos?
—pregunto.

—Este mismo fin de semana.

—Pero si hoy es jueves, ¿no? —dudo.

—Sí.

—Entonces, ¿dentro de tres días?

—Dentro de dos. El sábado.

Miro a Gaspar el Gallego. Sus ojos claros brillan.

—El Lagarto puede enseñarte unas mañas en poco tiempo, aquí mismo.

No sé, no lo veo claro, pero tal vez...

—De todos modos —añade el Gallego, poniéndose en pie—, lo primero es lo primero. Las decisiones importantes se toman mejor con la tripa llena, ¿no te parece?

El olor del puchero ya llega hasta nosotros. Todo se hace mejor con la tripa llena, eso es verdad, y estoy harto de pasar hambre, que llevo cantidad de años en Europa y sigo como el primer día. Es deprimente tener que levantarse cada mañana sin saber si habrá algo que llevarse a la boca o no. ¿Quizás podría vivir un poco mejor gracias a esta idea loca?

El Lagarto de Escaleritas sonrío y me tiende una mano para ayudarme a levantarme de la silla.

* * *

El espectáculo nocturno ha comenzado con un concurso de imitadores de una tal Raffaella Carrà, que debe de ser una cantante muy famosa. Todas las actuaciones van en la misma línea: ropa ceñida, lentejuelas, peluca de melena rubia,